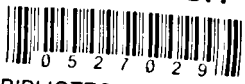
VÍCTOR HUGO.

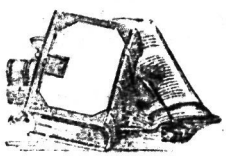
MIS HIJOS.

COLECCION GENERAL
G 808.8 MIS.1

0 5 2 7 0 2 9
BIBLIOTECA NACIONAL

V. H.

MIS HIJOS.

TRADUCCION DE JOSÉ MARTI.



MÉXICO
IMPRENTA DE «EL FEDERALISTA,»
A CARGO DE JUAN M. RIVERA.

1875.

05-27030

I

Un hombre se casa jóven: cuentan entre él y su mujer treinta y siete años. Despues de haber sido rico en su infancia, ha llegado á ser pobre en su juventud: ha habitado de paso en palacios; hoy vive en algo que es casi una bohardilla. Su padre ha sido un vencedor de Europa, y es ahora un bandido del Loira. Caida, ruina, pobreza. Este hombre que tiene veinte años, encuentra esto muy natural, y trabaja. Trabajar, esto hace que se ame; amar, esto hace que uno se case. El amor y el trabajo, los dos puntos de partida mejores para la familia. Vínele una. Hélo aquí con hijos. Toma á lo sério toda esta aurora. La madre alimenta al hijo, el padre alimenta á la madre. Mas dicha obliga á mas trabajo. El pasaba sus dias en la faena, en ella pasará las noches. ¿Qué hace? Importa poco; un trabajo cualquiera.

Su vida es ruda, pero dulce. Por la tarde antes de darse á la labor que ha de durar hasta el alba, se acuesta en el suelo, y los pequeñuelos suben sobre él, riendo, cantando, balbuceando y jugando. Son cuatro, dos niños y dos niñas.

Los años pasan, los niños crecen, el hombre se madura. Con el trabajo le ha venido algun bienestar. Vive en la sombra y en el verdor, en los Campos Elíseos. Allí recibe visitas de algunos trabajadores pobres como él, de un viejo cancionero que se llama Beranger, de un viejo filósofo que se llama Lamennais, de un viejo proscrito que se llama Chateaubriand. Y él vive soñando en aquel retiro, vive imaginando que los Campos Elíseos son una

soledad, destinado sin embargo á la verdadera soledad mas tarde. Si escucha, no oye mas que cantos. Entre los árboles y él, están los pájaros; entre los hombres y él, están los niños.

La madre les enseña á leer; él, á escribir. Algunas veces, él escribe al mismo tiempo que ellos, sobre la misma mesa, ellos—alfabetos y garabatos,—él, otra cosa; y, mientras que ellos hacen lenta y gravemente garabatos y alfabetos, él termina una página rápida. Un dia, el menor de los dos varones, que tiene cuatro años, se interrumpe, deja su pluma, mira á su padre, y le dice: *Es gracioso: cuando se tienen manos chiquitas, se escribe muy gordo, y cuando se tienen manos gordas, se escribe muy chiquito.*

Al padre maestro sucede el colegio. El padre tiende, sin embargo, á unir al colegio la familia, porque estima que es bueno que los adolescentes sean niños todo el tiempo posible. Para ellos, á su vez, los veinte años llegan: el padre no es ya entonces mas que una especie de hermano mayor, porque la juventud que concluye y la juventud que comienza fraternizan, lo que endulza la melancolía de la una, y calma el entusiasmo de la otra.

Estos niños se hacen hombres; se ve entonces que son juicios claros. Uno, el mayor, es un juicio despierto y vigoroso: el otro, el segundo, es un juicio amable y grave. La lucha del progreso quiere inteligencias de dos clases, fuertes y dulces. El primero se asemeja mas al atleta: el segundo, al apóstol. Su padre no se asombra de estar al nivel de estos jóvenes, y, en efecto, como acaba de decirse, siente en ellos hermanos tanto como hijos.

Como su padre, tambien ellos emplean su juventud con con probidad, y, viendo á su padre trabajar, trabajan. ¿En qué? En su siglo. Trabajan en el esclarecimiento de los problemas, en el mejoramiento de las almas, en el iluminamiento de las conciencias, en la verdad, en la libertad. Sus primeros trabajos son recompensados: temprano los decoran; al uno con seis meses de prision, por haber combatido el cadalso; al otro con nueve meses, por haber defendido el derecho de asilo. Digámoslo de paso: el derecho de asilo es mal visto. En un país vecino, es costumbre que el Ministro de lo Interior tenga un hijo que organice bandas encargadas de los asaltos nocturnos á los partidarios del derecho de asilo.—Si el hijo no logra buen éxito como bandido, el padre lo logra como mi-

ministro y á aquel á quien no se ha podido asesinar, se le expulsa. De esta manera, la sociedad se salva. En Francia, en 1851, para hacer entrar en razon á los que defienden á los proscriptos y á los vencidos, no recurrian á la lapidacion, ni á la expulsion: con la prision se contentaban. Las costumbres de los gobiernos difieren.—

Los dos jóvenes van la á prision: en ella están juntos; el padre se instala casi en ella, haciendo de la Conserjería su casa. Llégale, sin embargo, tambien su vez. Lo fuerzan á alejarse de Francia, por causas que si se recordasen aquí, turbarian la calma de estas páginas. En la gran caida de todo, que sobreviene entonces, el principio de bienestar, bosquejado por su trabajo, se derrumba: será preciso que recomience: en tanto, es preciso que parta. Parte. Se aleja una noche de invierno. La lluvia, el cierzo, la nieve: buen aprendizaje para un alma, por cuanto se parece el invierno al destierro. No se une en vano la mirada fria del extranjero al cielo sombrío: esto templa un corazon para la prueba. Este padre se vá, al azar, delante de él, á una playa desierta, en la orilla del mar.— En el momento que sale de Francia, sus hijos salen de su prision; coincidencia dichosa, de manera que pueden seguirle; con ellos compartió su celda, con él compartirán su soledad.

II

Se vive así. Los años pasan. ¿Qué hacen durante este tiempo? Una cosa sencilla, su deber. ¿De qué se compone para ellos el deber? De esto: Persistir. Esto es, servir á la patria, amarla, glorificarla, defenderla; vivir para ella y léjos de ella; y porque para ella se és, luchar; y, porque se está léjos de ella, sufrir.

Servir á la patria es una mitad del deber: servir á la humanidad es la otra mitad: ellos cumplen con todo su deber. El que no lo cumple todo, no lo cumple: tal es la avaricia celosa de la conciencia.

¿Cómo sirven á la humanidad? Siendo buen ejemplo.

Tienen una madre; la veneran:—tienen una hermana muerta; la lloran:—tienen una hermana viva; la aman:—tiene un padre proscripto; lo ayudan. ¿A qué? A llevar la proscripcion.—Hay horas en que esto es pesado. Tienen compañeros de adversidad, se hacen sus hermanos; y á los que ya no tienen el cielo natal, señalan con el dedo la esperanza, que es el fondo del cielo de todos los hombres. Hay á las veces en este intrépido grupo de vencidos, instantes de suprema angustia: vése á uno que se endereza por la noche en su cama, y se retuerce los brazos gritando: *Decir que ya no estoy en Francia!* Las mujeres se esconden para llorar; los hombres se esconden para verter sangre. Estos dos jóvenes desterrados son firmes y sencillos.

En estas tinieblas, brillan; en esta nostalgia, perseveran; en esta desesperacion, cantan. Mientras que un hom-

bre, emperador en aquel momento de los franceses y de los ingleses, vive en su morada triunfal, besado por reinas, vencedor omnipotente y lúgubre,—ellos, en la casa de destierro inundada de espuma, rien y sonrien. Ese dueño del mundo y del minuto tiene la tristeza de la prosperidad miserable; ellos, tienen la alegría del sacrificio. No están ademas abandonados; tienen admirables amigos: Vacquerie, inteligencia soberbia y poderosa; Meurice, la gran alma dulce; Ribeyrolles, el valiente corazon. Estos dos hermanos son dignos de estos bravos hombres. No hay serenidad que eclipse la suya:—ellos tienen la heróica indiferencia de las conciencias dichosas. Háblase al mayor del destierro y responde: *Eso no me incumbe*.—Toman cordialmente su parte de la agonía que los rodea; curan en todas las almas la llaga roedora que hace en el alma la expatriacion. Mientras mas ausente está la patria, ayl está mas presente. Ellos son los puntos de apoyo de los que vacilan; disuaden de las concesiones que el mal del país podria sugerirles, á algunos pobres séres desorientados. Repúgnales al mismo tiempo el aplastamiento de sus enemigos, aún de los infames. Sucede un dia que en este campamento de proscriptos, en esta familia de expatriados, se descubre á un hombre de policía, un traidor que afectaba un aire huraño, un agente de Maupas rebujado en la máscara de Hebert: todas estas probidades indignadas se levantan: se quiere matar al miserable; los dos hermanos le salvan la vida. El que usa el derecho del sufrimiento, puede usar el derecho de clemencia. Alrededor de ellos, se siente que estos jóvenes tienen la fé, la verdadera fé, la que se comunica.

De aquí, cierta autoridad mezclada á su juventud. El proscripto por la verdad es un hombre honrado en toda la altanera acepcion de esta palabra: ellos tienen esta grande honradez. A su lado, todo desfallecimiento es imposible:—ellos ofrecen su espalda robusta á todas las postraciones. Siempre de pié sobre lo alto del escollo, fijan en el enigma y en la sombra su mirada tranquila; hacen la señal de espera desde que ven apuntar una luz en el horizonte; son los vigías del porvenir. Y esparcen enesta oscuridad, no se sabe qué claridad de aurora; silenciosamente los recompensa la dulzura siniestra de los resignados.

III

Al mismo tiempo que cumplen la ley de la fraternidad, ejecutan la ley del trabajo.

Traduce el uno á Shakspeare, y restituye á Francia, en un libro de pintura sagáz y erudicion elegante, «La Normandía desconocida»—Publica el otro una série de obras sólidas y exquisitas, llenas de emocion verdadera, de una bondad penetrante, de una alta compasion.—Este jóven es sencillamente un gran escritor. Como todas las inteligencias poderosas y abundantes, produce pronto, pero incuba mucho tiempo, con la pereza fecunda de la gestacion. Tiene la premeditacion que recomienda Horacio, y que es la fuente de las improvisaciones duraderas. —Estrénase en el cuento fantástico con una obra maestra. La dedica á Voltaire, y—detalle que demuestra la magnífica envergadura de esta inteligencia alta—hubiese podido al mismo tiempo dedicarla á Dante. Tiene la ironía, como Arouet, y la fé como Alighieri. Su estreno en el teatro es una obra maestra tambien, pero pequeña, fugaz, inolvidable, viva, una niñería de pensador, comedia ligera y fuerte que tiene la fragilidad aparente de las cosas aladas.

Para quien lo ve de cerca, este jóven parece siempre en reposo, y él está siempre en trabajo. Es el ocioso infatigable.—Ademas, tiene tantas facultades cuantos esfuerzos hace. Aborda la novela, es un maestro; aborda el teatro, es un poeta; se lanza en los combates de la polémica, es un periodista brillante. Se mueve como en su casa en estas tres regiones.

Toda su obra está confundida, esto es, es una. Y tal es la ley de las inteligencias que miran de la altura; ven todo el horizonte. No hay tabiques en este espíritu; ó no

hay mas que tabiques aparentes. Sus novelas son tragedias; sus comedias son elegías, y son tristes, lo que no les impide ser festivas; vertimiento de la burla en la melancolía y de la cólera en el sarcasmo, que, en todos los tiempos, de Aristóphanes á Plauto, y de Plauto á Molière, ha caracterizado el arte supremo. Este hombre jóven está hecho como estos grandes hombres; medita, y sonrie; medita, y se indigna. Y á veces su entonacion burlona toma súbitamente el acento trágico. ¡Ay! la sombría alegría de los pensaderes solloza.

Por estas causas y por otras, este jóven escritor tiene en el estilo eso imprevisto que es la vida. Lo inesperado en la lógica, es el secreto soberano de los escritores superiores. No se sabe bastante lo que es el estilo. No hay gran estilo sin gran pensamiento. El estilo contiene tan necesariamente al pensamiento, como el fruto contiene á la savia. ¿Qué es, pues el estilo? Es la idea en su expresion absoluta, es la imágen bajo su figura perfecta; todo lo que es el pensamiento, el estilo lo es; el estilo,—es la palabra hecha alma; el estilo,—es el lenguaje hecho verbo. Quitad el estilo; Virgilio se oscurece, Horacio se desvanece, desaparece Tácito. Se ha imaginado en nuestros dias un barbarismo curioso: «los estilistas.» Treinta años hace, una escuela imbécil de crítica, olvidada hoy, agotaba sus esfuerzos en insultar el estilo, y lo llamaba: «la forma» ¡Qué insulto! Forma la belleza. La Vénus hotentote dice á la Vénus de Milo: *tú no tienes mas que la forma.* Las obras suceden á las obras: tras *La Bohemia dorada*, *la familia trágica*; creaciones compuestas de adivinacion y observacion, en que la ironía se descompone en lástima, en que el interes dramático llega algunas veces al terror, en que la inteligencia se dilata al mismo tiempo que se oprime el corazon.

Todas estas cualidades, estilo, emocion, bondad de escritor, virtud de poeta, dignidad de artista; todas ellas concentra este jóven, todas las condensa en un gran libro. *Los hombres del destierro.* Este libro es un gran libro político. ¿Por qué? Porque es un gran libro literario. Quien dice *literatura*, dice *humanidad* Este libro, *Los hombres del destierro*, es una protesta y un desafío; protesta ofrecida á Dios, desafío lanzado á los tiranos. El alma es el personaje, el destierro es el drama; los mártires son diversos, el martirio es uno; varía la prueba, los

probados nó. Esta severa pintura no morirá. Este libro austero y trágico es un libro de amor; amor por la verdad, por la equidad, por la probidad, por el sufrimiento, por la desventura, por la grandeza: de aquí un ódio profundo contra todo lo que es vil, cobarde, injusto y bajo.— Este libro es implacable; ¿por qué? porque es tierno.

En todas partes la justicia, y en todas partes la compasion: el alma bella expresada por el estilo hermoso: tal es este jóven escritor.

Añadamos á este don de la naturaleza,—lo patético,— un don de la soledad,—la filosofía.

Insistámos sobre esta filosofía. El aislamiento desarrolla en las almas profundas una sabiduría de una especie particular, que va mas allá del hombre. Es esa sabiduría extraña que ha creado el antiguo magicismo. Este jóven, en el desierto de Jersey y en el crepúsculo de Guernesey, adquiere, como los demas solitarios pensativos que lo rodean, esta sabiduría. Una intuicion casi visionaria dá á muchas de sus obras, como á otras obras de los hombres del mismo grupo, una intension singular; cosa que no puede dejar de anotarse, lo que preocupa á este espíritu jóven, es lo mismo que preocupa tambien á los viejos. En este comienzo de la vida en que parece que se tiene el derecho de ser absorbido únicamente por la preparacion de sí mismo; lo que inquieta á este pensador, luminoso y sereno hasta en su carcajada, pero enternecido; lo que lo conmueve y lo atormenta, es el lado impenetrable del destino; es la suerte de los séres condenados al grito ó al silencio, béstias, plantas, de lo que se llama el animal, de lo que se llama el vegetal: cree ver allí desheredados; se inclina hácia ellos; hace constar que están fuera de la libertad, y casi de la luz; se pregunta quien los ha arrojado en esta sombra, y olvida encorvándose sobre esos expatriados, que él es expatriado tambien. Soberbia conmiseracion, fraternidad del ser que habla con los seres mudos, noble aumentamiento del amor de la humanidad con la dulzura hácia la creacion. Los vivos de abajo, qué enigma! *Inferi*, palabra misteriosa; los *inferiores*. El infierno. Ahondad los sueños de las religiones; encontrais en el fondo la verdad. Solamente, las religiones interpuestas la desfiguran con su abultamiento. Toda vida infernal, en cuanto es una vida planetaria, es una vida pasajera: la vida celeste solo es vida eterna.

IV

Son dos hermanos como complemento uno de otro: el mayor es el radiante, el mas jóven es el austero: austeridad amable, como la de un Sócrates jóven. Su presencia es fortificante. Nada es tan sano, nada anima, nada asegura tanto como la amenidad imperturbable del obrero contento. Este jóven desterrado voluntario conserva en el desierto en que para siempre se está tal vez, las elegancias de su vida pasada,—y entrégase, al mismo tiempo, á su tarea. Quiere construir; y construye un monumento: no pierde una hora, tiene al tiempo un respeto religioso: sus costumbres son á la vez parisienses y monacales. Habita un aposento colmado de libros. Oyé, al romper del dia, caminar sobre su cabeza, sobre el techo de su casa, á álguien que trabaja; es su padre: estos pasos lo despiertan, y entonces él tambien se levanta, y él trabaja tambien. Lo que hace, arriba se vió: traduce á Shakspeare, lo interpreta, lo comenta, lo hace accesible á todos: talla escalon por escalon en el ventisquero y en la roca no se sabe qué vertiginósa escalera que llega á aquella cima. Razon se tiene en decir que estos proscriptos son ambiciosos: este sueña la familiaridad con los génios. Se dice: yo traduciré despues del mismo modo á Homero, á Eschylo, á Isaías, á Dante. En tanto, tiene á Shakspeare: conquista ilustre de hacer. Introducir á Shakspeare en Francia, ¡qué deber tan vasto! Y este deber, él lo acepta, á él se obliga, en él se encierra, sabe que su vida ha de estar atada en adelante por esta promesa hecha en nombre de la Francia al hombre grande de la Inglaterra; sabe que esto

gran hombre de Inglaterra es uno de los grandes hombres del género humano entero, y que servir á esta gloria, es servir á la civilizacion; sabe que una empresa semejante es imperiosa, que será exijente y dominante, y que, una vez comenzada, no ha de poder ser abandonada ni interrumpida: sabe que con ella tiene labor para doce años; sabe que es esta otra celda, y que se condena al claustro, y que cuando se éntra en labor semejante, en ella se amuralla el que entra; y consiente en todo, y así como se ha desterrado por su padre, así se aprisiona ahora por Shakspeare.

Su recompensa, es su esfuerzo mismo. Ha querido traducir á Shakspeare, y hé ahí, en efecto á Shakspeare traducido. Ha renovado el tremendo combate nocturno de Jacob: ha luchado con el arcángel, y el arcángel no ha doblado su corva. El es el escritor que era preciso.

El inglés de Shakspeare no es el inglés de hoy: ha sido necesario superponer á este inglés del siglo diez y seis el francés del siglo diez y nueve, especie de combate, de combate cuerpo á cuerpo de los dos idiomas; la aventura mas terrible que pudiera acometer un traductor: este jóven ha tenido esta audacia. Lo que ha intentado hacer, lo ha hecho. Importaba no perder nada de la obra enorme. Ha puesto sobre Shakspeare la lengua francesa, y ha hecho pasar á través de este calado inextricable de dos idiomas aplicados uno sobre otro, todo el brillo, toda la irradiacion de este génio.

Para esto ha debido prodigar, en cada frase, en cada verso, casi en cada palabra, una inagotable invencion de estilo. Para obra tal, es preciso que el traductor sea creador. El lo ha sido.

Escritor extraño y raro, un escritor que prueba su originalidad con una traduccion. No le basta traducir. Edifica al rededor de Shakspeare como contra-fuertes al rededor de una catedral, toda una obra suya, obra de filosofía, de crítica, de historia. Es lingüista, artista, gramático, erudito. Es docto y avisado. Siempre sábio, jamas pedante. Acumula y coordina las diferencias, las notas, los prefacios, las explicaciones. Condensa todo lo que está esparcido en los alrededores de Shakspeare. No tiene esta caverna inmensa un antro en que no penetre él. Hace excavaciones en este génio.

V

Y así es como, despues de doce años de trabajo, hace á la Francia donacion de Shakspeare. Los verdaderos traductores tienen esta potencia singular de enriquecer á un pueblo sin empobrecer al otro, de no extraviar lo que toman, y de dar un génio á una nacion sin quitarlo á su patria.

Hácese esta larga incubacion sin que la interrumpa un solo dia.—Ninguna solucion de continuidad, ningun descanso, ninguna laguna, ninguna concesion á la fatiga, todas las auroras le llevan á la tarea: *nulla dies sine lineâ:* esta es, ademas, la buena ley de los espíritus soberbios. La obra que se cumple y que se ve crecer es reposo en sí misma: ningun reposo mas le es necesario. Este jóven lo comprende así: jamás abandona su tarea; despiértase cada mañana desde que oye que el caminador de arriba se despierta, y cuando, llegada la hora de la mesa de familia, bajan los dos de su trabajo, su padre y él, los dos cambian una dulce sonrisa.

Aislamiento, intimidad, rehusamiento, el pensamiento apaciguando á la nostalgia: tal es la vida de estos hombres. Por horizonte, la bruma de las olas y de los sucesos; por música, el viento de tempestad; por espectáculo, la movilidad de un infinito, el mar, bajo la inmovilidad de otro infinito, el cielo.—Son náufragos: miran los abismos. Todo ha zozobrado, escepto la conciencia, navío de que no queda mas que la brújula. Nadie tiene en esta familia nada suyo: todo en ella es comun, el esfuerzo, la resistencia, la voluntad, el alma. Este padre y estos hijos aprietan cada vez mas su estrecho abrazo.

Probable es que sufren, pero no se lo dicen: cada uno se absorbe, cada uno se serena en su obra diversa. En las intermitencias, por la tarde, en las reuniones de familia, en los paseos por la playa,—entonces hablan. ¿De qué? ¿de qué pueden hablar los proscriptos, si no hablan de la patria? A esa Francia, la adoran. Y mientras mas se agrava el destierro, mas se aumenta su amor.—Léjos de los ojos, cerca del corazon. Tienen todas las grandes convicciones, lo que les dá todas las grandes certidumbres. Se ha obrado con toda la voluntad: se ha hecho lo que se ha podido: ¿qué recompensa se quiere? Una sola. Volver á ver á la patria.—Y bien, se la volverá á ver.—¡Cuán dichoso se era en ella, y cuán dichoso se será en ella todavía! Ciertamente, la hora bendecida de la vuelta sonará. Se les espera allá abajo. Así hablan estos desterrados. Terminada la conversacion, tórnase á la faena. Todos los dias se parecen. Esto dura diez y nueve años. Cesa el destierro, vuelven ellos, héles en la patria: son esperados en efecto, ellos—por la tumba,—él por el ódio.

VI

¿Es esto una queja? No. Y ¿con qué derecho lo seria? Y ¿hácia quién se volveria? ¿Hácia vos, Dios? No. ¿Hácia tí, patria? Jamás.

¿Quién podria pensar en Francia sino con reconocimiento y con ternura? Y para este hombre, para este padre ¿no hay acaso tres dias inolvidables, el 5 de Setiembre de 1870, el 18 de Marzo de 1871, el 28 de Diciembre de 1873? El 5 de Setiembre de 1870, entró en su patria, en Francia: el 18 de Marzo de 1871, el 28 de Diciembre de 1873, sus hijos entraron, el uno tras el otro, en la otra patria, el sepulcro: y en estas tres entradas, tú veniste de todas partes á formar cortejo, ¡oh inmenso pueblo de París! Allí veniste tierno, conmovido, magnánimo, con ese profundo murmullo de las multitudes que se parece algunas veces al arrullo de las madres.—Desde estos tres dias imborrables ¿hay en alguna parte, no importa donde, en regiones cualesquiera, calumnia, insulto y ódio?—Esto es posible, pero; ¿por qué no? ¿á quién hace esto daño? A los que ódian, tal vez. Compadezcámosles. El pueblo es grande y bueno: lo demas no es nada. Fuera preciso para conmoverse no haber visto jamás el Océano. ¿Qué importa una vana superficie espumosa, cuando el fondo es con tanta magestad amigo y apacible? ¡Quejarse de la patria! ¡reprocharle algo sea lo que sea! ¡No, no, no! Hasta los que mueren por ella, viven por ella.—

En cuanto á vos, Dios ¿qué deciros á vos? ¿No sois acaso lo Ignorado? ¿Qué sabemos nosotros si no que vos sois y que somos? ¿Os conocemos acaso, oh misterio? Eterno Dios; vos haceis volver sobre sus goznes la puerta

de la tumba, y vos sabeis porqué. Nosotros hacemos la fosa, y vos lo que está mas allá. A cada agujero en la tierra se ajusta una abertura en el firmamento.—Vos os servis del sepulcro como nosotros del crisol, y, como lo indivisible es lo incorruptible, nada se pierde; ni el átomo material—la molécula—en el crisol, ni el átomo moral—el yo—en la tumba.—Vos manejais el destino humano; vos abreviais la juventud; vos prolongais la vejez; vos teneis vuestras razones. En nuestro crepúsculo, nosotros, que somos lo relativo, chocamos á tientas con vos, que sois lo absoluto, y no sin contusiones logramos hallar al fin en la oscuridad vuestras leyes.—Vos sois calumniado, tambien vos. Las religiones os llaman celoso, vengador, colérico:—sostienen por momentos vuestras circunstancias atenuantes: hé aquí lo que hacen las religiones. La religion os venera. Así tiene la religion por enemigas á las religiones.—Las religiones creen lo absurdo. La religion cree lo verdadero. En las pagodas, en las mezquitas, en las sinagogas, desde lo alto de los púlpitos, y en el nombre de los dogmas, se os aconseja, se os exhorta, se os interpreta, se os califica; los sacerdotes se hacen vuestros jueces: los sábios, no. Los sábios os aceptan. Aceptar á Dios: hé ahí el supremo esfuerzo de la filosofía.

Ocúltansenos á nosotros mismos nuestras propias dimensiones. Vos las conoceis, vos: vos teneis la medida de todo y de todos. Las leyes de percusion son diversas. Un hombre es perseguido con mas encarnizamiento que los otros: parece que el destino no lo ha perdido de vista jamás.—Vos sabeis por qué.—Nosotros no vemos mas que encogimientos: vos solo conoceis las proporciones verdaderas. Todo se volverá á encontrar mas tarde. Cada cifra tendrá su total. Vivir no da sobre la tierra mas derecho que morir; pero morir da todos los derechos. Haga el hombre su deber: Dios hará el suyo.—Nosotros somos á la vez vuestros deudores y vuestros acreedores, relacion natural entre los hijos y el padre. Nosotros sabemos que venimos de vos: sentimos confusamente, pero seguramente, el punto de union del hombre y Dios: así como el rayo tiene conciencia del Sol, nuestra inmortalidad tiene conciencia de vuestra eternidad. Y se prueban la una por la otra; círculo sublime. Sois necesariamente justo, pues que sois, y ni el mal ni la muerte existen. Vos no podeis ser otra cosa mas que la bondad en lo alto de la vida, y la

claridad en el fondo del cielo. No podemos negaros á vos, como no podemos negar lo infinito. Vos sois lo ilimitado evidente. La vida universal, vos. Vuestra bondad es el calor de vuestra claridad: vuestra verdad es el rayo de vuestro amor. El hombre no puede mas que balbucear una tentativa de comprenderos. El trabaja él sufre, él ama,—llora y espera á traves de esto.—Ante vos, abatir nuestras frentes, es elevar nuestros espíritus. Esto es todo lo que tenemos que deciros, ¡oh Dios!

VII

No haya queja, pues. Tenemos solamente, no podemos tener mas, que derecho al asombro. El asombro contiene toda la cantidad de protesta permitida á este inmenso ignorante que se llama hombre. Y ¿cómo reservar para sí este asombro doloroso cuando la Francia lo reclama? ¿Cómo pensar en los dolores privados, en presencia de la afliccion pública? Una patria semejante ocupa todo el lugar. Tenga cada cual su herida, téngala; pero ocúltela en presencia del costado herido de nuestra madre.—¡Ah! ¡cómo se soñaba! Se estaba fuera de la ley, expulsado, expatriado, proscripto, reproscripto; cierto hombre que tiene los cabellos blancos ha sido arrojado cuatro veces, de Francia primero, despues de Bélgica, despues de Jersey, otra vez de Bélgica; y bien ¿qué? Eran desterrados. Se sonreia. Se decia: Sí, pero Francia! Francia está allí, siempre grande, siempre bella, siempre adorada, siempre Francia! Hay un velo entre ella y nosotros; pero en uno de estos dias el Imperio se desgarrará de alto á bajo, y detras de la desgarradura luminosa, Francia reaparecerá! Francia reaparecerá: ¡qué inmensa alegría! En su esplendor, en su gloria, en su magestad fraternal á las naciones, con toda su corona como una reina, con toda su aureola como una diosa, potente y libre, potente para proteger, libre para libertar! Hé aquí lo triste: haberse dicho esto. Dolor: se soñaba la apóteosis, se tiene la picota. La patria ha sido pisoteada por esa salvaje, la guerra extranjera, y por esa loca, la guerra civil: la una ha intentado asesinar la civilizacion y suprimir la capital del mundo: la otra ha incendiado las dos cunas sagradas de la Revo-

lucion: las Tullerías, nido de la Convencion, la Casa Constitucional, nido de la Comun. Se ha aprovechado la presencia de los prusianos para echar abajo la columna de Iena: aun se les ha dado esta alegría. Se han matado viejos, se han matado mujeres, se han matado niños. Se ha sido muchedumbre ébria que no sabe lo que hace. Se han cavado fosas inmensas, donde se han enterrado unos sobre otros, y medio muertos, lo justo y lo injusto, lo falso y lo verdadero, el bien y el mal. Se ha querido abatir á esta gigante, Paris; se ha querido resucitar á ese fantasma, Versalles. Se han tenido incendios dignos de Erostrato, y fratricidios dignos de Atrea. ¿Quién ha hecho estos crímenes? Nadie y todo el mundo: esos dos execrables anónimos, la guerra extranjera y la guerra civil; los bárbaros, que han venido á las manos estúpidamente, de los dos lados á la vez, del lado tempestuoso en que están las águilas, del lado tenebroso en que están los buhos, asaltando la frontera, asaltando la muralla, hollando estos el Rhin, ensangrentando el Sena aquellos, ensangrentando y hollando la conciencia humana, sin poder decir porqué, sin comprender nada, sino que el viento que pasa los habia encendido en cólera.

Atentados de los ignorantes. Tanto de los ignorantes de arriba como de los ignorantes de abajo. Atentados tambien de los inocentes, porque la ignorancia es una inocencia. Ferocidades feroces. ¿A quién compadecer? A los vencedores y á los vencidos. Oh! ver por tierra, yacente, inerte, abofeteado, el cadáver de nuestra gloria! Y la verdad! y la justicia! y la razon! y la libertad! Todas estas arterias están abiertas. Estamos sangrados en las cuatro venas de nuestro honor. Y nuestros soldados, sin embargo, han sido heróicos, y lo serán ciertamente todavía. Pero ¡qué desastres! Nada es crímen: todo es fatalidad! Aquí se excedieron las viejas calamidades de Nínive, de Thebas y de Argos. Nadie hay sin llaga, y ésta es la llaga pública. Y, á traves de todo esto, agravamiento lúgubre, viéneos á las veces el pensamiento punzante de que en estos momentos, en estos momentos mismos, hay, á cinco mil leguas de aquí, léjos de sus madres, hijos de veinte años, condenados á muerte, á presidio despues, por un artículo de periódico. ¡Oh pobres hombres! compasion eterna! Fanatismos contra fanatismos. ¡Ay! Fanáticos! todos los somos:—el que escribe

estas líneas tambien, tambien, es un fanático; fanático de progreso, de civilizacion; de paz y de clemencia, inexorable para los impíos, intolerante para los intolerantes. Golpeémonos el pecho.

Sí; cumplidas están estas cosas sombrías. Se ha visto ésto, y, en este instante ¿qué se ve? El regocijo de los reyes sentados como verdugos sobre un desmembramiento. Despues de los descuartizamientos, hácese esto: y Carlote, antes de lanzarlos á la hoguera se acurrucó y reposó un momento sobre los lamentables restos mutilados de Damiens, como Guillermo sobre la Alsacia y la Lorena. Guillermo, al fin, es menos culpable que Carlote: los verdugos son inocentes; los responsables son los jueces: la historia dirá quienes han sido, en el vergonzoso tratado de 1871, los jueces de la Francia. Han hecho una paz llena de guerra. Ah! infortunados! En este instante, reinan. Son príncipes, y se creen señores. Son dichosos con toda la dicha que puede dar una tranquilidad violenta; tienen la gloria de una sangre abundantísima esparcida; se creen invulnerables, están acorazados con la omnipotencia y con la nada; preparan, en medio de las fiestas, en el esplendor de su imbecilidad soberana, la devastacion del porvenir; cuando se les habla de la inmortalidad de las naciones, juzgan de esta inmortalidad por su majestad propia, y se rien de ella; se creen buenos matadores, y piensan haber triunfado; se figuran que está cumplido, que las dinastías han terminado con los pueblos: se imaginan que la cabeza del género humano está decididamente cortada, que la civilizacion se resignará á esta decapitacion, ¿qué importa Paris de mas ó de menos? Se persuaden de que Metz y Strasburgo se convertirán en sombra, que habrá prescripcion para este robo, que tomaremos nuestro partido, que la nacion-jefe será tranquilamente la nacion-sierva, que descenderemos hasta la aceptacion de su púrpura espantosa, que no tenemos ya brazos, ni manos, ni cerebro, ni corazon, ni entrañas, ni ardimiento, ni sable al costado, ni sangre en las venas, ni saliva en la boca; que somos idiotas ó infames, y que Francia, que ha devuelto América á la América, Italia á Italia, Grecia á Grecia, no sabrá devolver Francia á la Francia.

Creen esto, ¡oh estremecimiento!

VIII

Y, sin embargo, la nube crece; crece semejante á la misteriosa columna conductora, negra sobre el azul, roja sobre la sombra. Y llena lentamente el horizonte. Los viejos la temen para los niños, y los niños la saludan. Germina una inclemencia funesta. Los ódios anidan las represalias, los mas dulces se sienten confusamente implacables; pasó ya la estacion de las augustas abstracciones fraternales; la frontera vuelve á ser barrera, se reconmienza á ser nacional, y el mas cosmopolita renuncia á la neutralidad: ¡adios la mansedumbre de los filósofos! La patria se alza terrible entre el hombre y la humanidad. Mira á los sábios indignada. Que no vengan á hablarle de union, de armonía y de paz! No hay mas paz que la cabeza alta! Hé aquí lo que quiere la patria. Suspension de la concordia humana. ¡Oh, aventura miserable! Los vencimientos son inevitables: se oyen surgir bajo tierra las catástrofes sembradas, y sobre su desarrollo, cada vez mas distinto, puede calcularse la hora en que brotando rompan la tierra. No hay medio de rehuirlo. El porvenir está lleno de términos fatales. Lloraría Jeremías si fuese teuton, y, si fuese francés, lloraría Eschylo. El pensador medita anonadado. ¿Qué hacer? Aguardar y esperar á través de la carnicería.

De aquí, un pavor siniestro. El pensador, que está siempre mezclado con un profeta, tiene delante de los ojos un tumulto, que es el porvenir. Buscaba con la mirada, mas allá del horizonte, la alianza y la fraternidad, y está obligado á entrever el ódio. Nada es cierto; pero todo

amenaza. Todo es oscuro; pero sombrío. Piensa y sufre. Sus sueños de inviolabilidad de la vida humana, de abolicion de la guerra, de arbitraje entre los pueblos y de paz universal, todos sus sueños, atravesados están ahora por vagos brillamientos de espadas.

Aguardando, se muere; y los que mueren dejan tras sí á los que lloran. Paciencia. A todo precede algo: siempre se es precedido. Es justo que la tarde llegue para todos. Es justo que todos suban uno tras otro á recibir su paga. Las injusticias no son mas que aparentes. La tumba no olvida á nadie.

Un dia, muy pronto tal vez, sonará para el padre la hora que ha sonado ya para los hijos. La jornada del trabajador habrá terminado. Le habrá llegado su vez; tendrá la apariencia de un dormido, se le pondrá entre cuatro maderos; será ese alguno desconocido que se llama un muerto, y se le conducirá á la gran abertura sombría. Allí está el umbral imposible de adivinar: el que llega allí es esperado por los que llegaron ya. Lo que parece la salida es para él la entrada. Distintamente percibe lo que oscuramente habia aceptado. El ojo de la carne se cierra, el ojo del espíritu se abre, y lo invisible se hace visible. Lo que para los hombres es el mundo, se eclipsa para él. Mientras que al rededor de la fosa abierta todo calla, mientras que caen paletadas de tierra, polvo arrojado á lo que va á ser ceniza, sobre el atnúd sordo y sonoro, el alma misteriosa deja esta vestidura, el cuerpo, y sale luz, del amontonamiento de las tinieblas. Entonces para esta alma los desaparecidos reaparecen, y estos vivos verdaderos que en la sombra terrestre se llaman los difuntos, llenan el horizonte ignorado, comprímense, radiantes, en una profundidad de nube y de aurora, llaman suavemente al recien venido, y se inclinan sobre su faz iluminada con esa sonrisa hermosa que se tiene en las estrellas. Así se irá el trabajador cargado de años, dejando, si ha obrado bien, algunos lamentos tras sí, seguido hasta el borde de la tumba por ojos mojados tal vez y por graves frentes descubiertas, y recibido al mismo tiempo con regocijo allá en la eterna claridad. Y si vosotros no sois del duelo aquí abajo, allá arriba sereis de la fiesta ¡oh amados mios!

FIN.

COLECCION GENERAL

G 808.8 MIS.1